

dio de judíos, destinando el resto á degollarse entre sí como gladiadores en las ciudades de Siria, á ser trofeos de la entrada triunfal del vencedor por la Vía Sacra, y á levantar por las espaldas, amoratadas por el látigo, las moles de este Anfiteatro, para morir entre las quijadas y las garras de las fieras hambrientas.

Tito, después de haber amado á Berenice como Antonio á Cleopatra; después de haberse oído llamar Mesías por sus propias víctimas, y Dios por aquellos egipcios á quienes les nacían dioses en las huertas; después de haber consagrado, á la sombra de las pirámides, nuevos bueyes en honor del dios Apis; después de haberse formado una corte de sátropas en Oriente, y corrido un día entero los molestos honores del triunfo bajo los arcos de la Ciudad Eterna; demolió la áurea casa de Nerón, trocó en estatua de Sol la estatua de César adorada por la plebe; desecó el lago que se extendía entre el monte Celio y el monte Esquilino, arrancó los bosques y taló las praderas de las poéticas orillas, y en el fondo levantó el anfiteatro mayor que han visto los siglos, consagrando su inauguración en cien días de increíbles fiestas, en que hubo combates de gamos, de elefantes, de tigres, de leones, de hombres, combates gigantescos que salpicaron con sangre hirviendo el rostro del César y el rostro de su pueblo. Nueve mil alimañas murieron, durante aquella orgía de sangre, sobre la arena. La historia, que ha conservado el número de fieras muertas, no ha conservado el número de personas, sin duda porque á los Césares les interesaban menos los esclavos que las bestias.

Tito buscó en el trono algo con que apagar la sed insaciable de su ambición, y no pudo encontrarlo. Ya no era dado desear más después de tener bajo su mano el mundo, sobre sus espaldas el manto de los Césares, en torno de su autoridad, sumisas como rebaños, las razas; silencioso y subyugado el planeta. Mas, en el punto de llegar al logro de sus ambiciones, el corazón de Tito se quebró en pedazos, ó por no tener cosa alguna que desear, ó por deseos vagos, infinitos, que en nubes de ensueños fantásticos se disipaban, disipando con ellos toda su existencia. Lo cierto es que, al pisar el trono, una inmensa tristeza se apoderó de él; una especie de tisis interior le enflaqueció el ánimo: su aliento estaba cargado de suspiros, su corazón de dolores, sus ojos de lágrimas, su vida de ilusiones, su sueño de pesadillas, su pasado de remordimientos, su porvenir de miedo; hasta que un día, errante por la envenenada campiña de Roma, en pos de un sitio donde adormecer su hastío, espiró, mirando el cielo con los ojos enardecidos por la fiebre de infinitos y no satisfechos deseos.

Cuando yo recordaba la vida y la muerte de Tito, parecíame el Circo la aglomeración de montañas sobrepuestas por las ambiciones desapoderadas de un César para poseer el cielo como poseía la Tierra, sin lograr otra cosa que tener bajo sus plantas el hervidero de todos los crímenes, y sobre sus sienes las maldiciones de todos los hombres.

IV

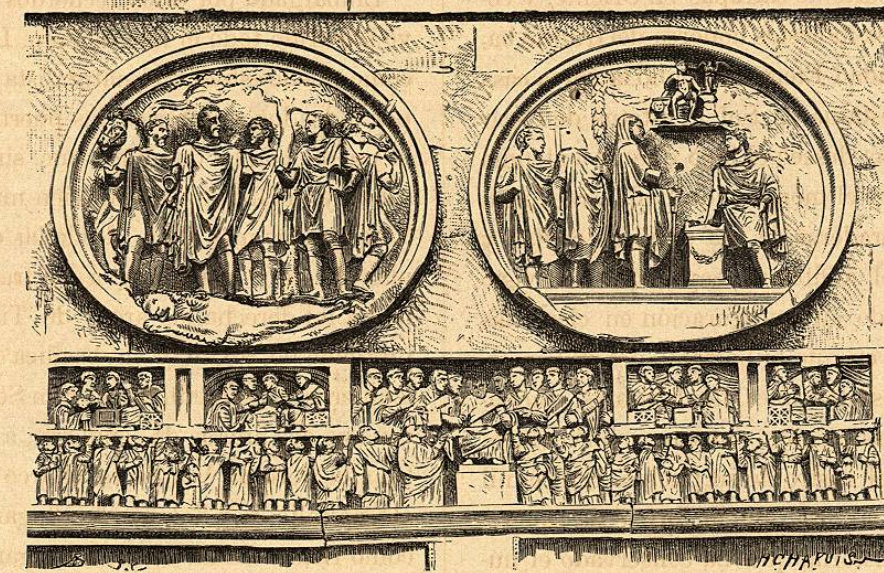
Embargado por estos recuerdos y estas ideas, había yo recorrido todo el monumento. Lo registré, lo estudié como puede estudiar el naturalista una montaña; entré por todos los vomitorios, las puertas que abrían paso al pueblo con tal desahogo que, sin atropellarse, ingresaban y salían rápidamente cien mil espectadores. Subí á sus gradas más altas, desde las cuales pude contemplar el campo romano, y á mi frente las lejanas lagunas; á mi derecha los arcos de Tito y Constantino, la pirámide de Sextio y la basílica de San Pablo; á mi izquierda las catacumbas de San Sebastián, la Vía Apia con sus dos hileras de sepulcros; á mi espalda el Palatino, el Foro, la Vía Sacra, el arco de Septimio Severo, el Capitolio: por doquier los lugares en que circulan como rica savia las ideas, los lugares llenos de recuerdos, los lugares verdadero oasis del espíritu antiguo, verdadero oriente del espíritu moderno.

Estaba tan absorto, que la noche vino sobre mí como si hubiera venido de improviso. Las campanas de Roma tocaban á la oración; los buhos y otras aves nocturnas ensayaban sus primeros gritos; oíase el agudo y monótono cántico del sapo y la rana en las apartadas lagunas, al par que el Miserere de una procesión al entrar en la próxima iglesia: mezcla de voces del espíritu con voces de la naturaleza, que sumergían aún mi conciencia en meditaciones más silenciosas y más vagas, como si el alma se escapara de mí para implantarse, á manera de las plantas parietarias, en polvo de las inmortales ruinas.

La Luna llena se levantó en el horizonte sereno, tranquilo, y vino á dar, con su melancólica luz, nuevos toques de poesía á los arcos, á las columnas, á las bóvedas, á las piedras esparcidas, á la desolación de aquel lugar, á la cruz erigida en su centro como una eterna venganza que han tomado los gladiadores obligando al pueblo romano á bendecir, á adorar lo más abyecto, el infame patíbulo de los esclavos, transformado en el lábaro de la civilización moderna.

Al resplandor de la Luna, que surgía; al eco de las campanas, que espiraba entre las dudosas sombras; parecíame ver despertarse del polvo las almas de las generaciones muertas, y venir, en vuelo tan callado como el vuelo de los murciélagos, á recorrer, á visitar aquellos sitios consagrados por sus recuerdos, y queridos hasta en las regiones de las tumbas. Yo hubiera deseado detener las sombras y contarles ¡ay! lo que pasa en nuestro mundo. Si sois almas de tribunos, de senadores, de Césares, sabed que todo cuanto vosotros adorabais ha muerto, y que ya los siglos han gastado hasta

las gradas de los altares herederos de vuestros altares á fuerza de besarlas. Todos aquellos dioses que vosotros creíais inmortales han muerto, y las ideas que los animaban ruedan por los abismos de la historia como hojas secas desprendidas de las renovaciones continuas del humano espíritu. Ya las nereidas no palpitan suavemente en la espuma de las ondas; ya las ninfas de mármorea blanca no suspiran, no, en el susurrante arroyuelo. El dios Pan ha dejado caer su caramillo, que llenaba de melodías los bosques. Á la embriaguez de las bacantes han sucedido la maceración, la penitencia,



Roma.—Un bajo relieve del arco de Constantino

el horror á la naturaleza. Un nazareno, un hijo de los judíos, de los esclavos, de aquella raza que levantó, con la cadena al pie y el látigo en el rostro, las moles del Coliseo, ha vencido y ha enterrado los dioses que inspiraron á Horacio y á Virgilio, que sostuvieron á Escipión en las llanuras de Cartago y á Mario en los campos pútridos, que engendraron el arte y sometieron á su poder la victoria. En vano Tácito miró con menosprecio á los sectarios de ese joven oscuro, pobre carpintero de Judea; en vano Apuleyo lo ridiculizó en sus apólogos y sus fábulas. Ni siquiera la inmortal risa de Luciano pudo cosa alguna contra el aliento que exhalaban aquellos labios, contra las ideas que exhalaba aquella conciencia. Los dioses han muerto, y sobre sus cadáveres ha caído muerta Roma. El Foro es un campo en que las vacas se apacientan. El Coliseo es un montón de ruinas donde adoran los romanos el patíbulo de sus antiguos esclavos. La Vía Sacra se ha hundido. En el Capitolio celebran sus ceremonias los nazarenos. Éstos, que

vosotros creíais perturbadores de la paz pública, tienen altares y sacrificios donde antes los tenían los dioses de Camilo y de Catón. Pueblos bárbaros venidos del Norte ahogaron los oráculos, interrumpieron las ceremonias sagradas, entregando, como si fuera su despojo, la conciencia humana á turbas de cenobitas que salían de las cloacas y de las catacumbas. Y cuando la nueva creencia se había apoderado de todas las almas, cuando había puesto sus altares en lugar de los antiguos altares, como si el espíritu humano estuviera condenado á tejer y destejer perpetuamente la misma trama de ideas, nuevos combatientes, nuevos tribunos, nuevos apóstoles, nuevos mártires, surgieron á matar la fe que sus predecesores engendraron. Y pasa por nuevas fases la conciencia humana, por nuevas angustias nuestro corazón, por nuevos estremecimientos de dolor esta ensangrentada tierra.

Yo creí oír agudos gemidos sin número á medida que mis labios murmuraban estas incoherentes ideas

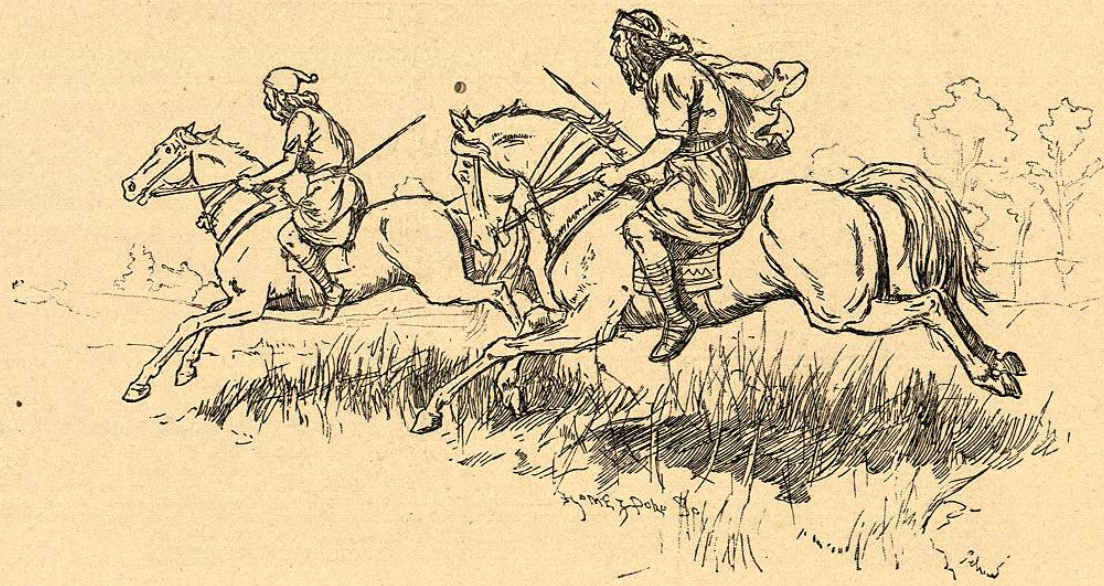
sin forma. Sería el eco del viento en los cipreses y en los pinos. Sería el rumor último de la campiña al entregarse en brazos de la noche. Sería el eco de la gran ciudad, de su oración, de sus lamentaciones. Pero asemejóse á un quejido de profundísimos dolores.

Sunt lacrimae rerum...

V

Yo, para distraerme, empecé á fingirme allá en la mente una fiesta del Anfiteatro. No era la inmensa mole

de este inmenso cadáver. Aquí se levantaba un estatuá, allá un trofeo, acullá un monolito traído del Asia ó de Egipto. El pueblo rey entraba por los vomitorios después de haberse bañado y perfumado en las inmensas termas, subiendo hasta la cima para desde allí repartirse en las respectivas gradas que de antemano le estaban señaladas. Á un lado se veía la puerta sanitaria, por donde vienen los combatientes; á otro la puerta mortuoria, por donde sacan á los muertos. Los gritos de la muchedumbre, los agudos sonidos de las trompetas, se mezclan con el aullar y rugir de las fieras. Mientras llegan los senadores y el César, algunos empleados de



Cacería á caballo

baja esfera municipal reparten entre el pueblo garbanzos tostados, que llevan, como nuestros feriantes, en esportillas. El suelo reluce con polvos de oro, de carmín, de minio, para disimular el color de la sangre, mientras templan la luz varios toldos de oriental púrpura que entonan todo el espectáculo con sus encendidos reflejos.

Los senadores van ocupando las gradas más bajas. Tras de ellos colócanse los caballeros. Más arriba los padres de familia que han dado al Imperio cierto número de hijos. En las gradas superiores el pueblo. Y por último, coronándolo todo, las matronas romanas, vestidas de ligeras gasas, cargadas de riquísimas joyas, embalsamando los aires con esencias que vierten de pomos de oro, y enardeciendo los corazones con sus palabras de amor y sus voluptuosas miradas. Mientras los espectadores aguardan al César, que debe dar la señal del comienzo de la fiesta, entrénganse á toda suerte de murmuraciones. «Mira aquel glotón. Ayer se le quema-

ron los jardines de Pompeyo, y es tan rico que no sabía fuesen suyos. Lolia Paulina lleva sobre el cuerpo, en esmeraldas, sesenta millones de sextercios, pequeña suma en comparación de las infinitas robadas por su abuelo á las opresas provincias. Aquel que acompaña siempre al César, hurtó en cierta cena de Claudio una copa de oro. Estos calaveras saludan al orador Régulo porque temen el veneno destilado de su viperina lengua. Él tiene honores, mientras generales que han vendido á los bárbaros y han muerto en defensa de Roma están, hace diez años, insepultos. El médico Eudemio llega; no tardarán ciertamente en aparecer sus pupilas de corrupción y de amancebamientos. Mira aquella niña; tiene ocho años y no es virgen. Su ilustre madre, con pertenecer á una de las familias romanas más nobles, se ha borrado de la lista de las matronas y se ha inscrito en la lista de las prostitutas.»

Pero viene el César y el pueblo lo aclama, siempre agradecido á las fiestas, y sobre todo á las matanzas. Los

de este inmenso cadáver. Aquí se levantaba un estatuá, allá un trofeo, acullá un monolito traído del Asia ó de Egipto. El pueblo rey entraba por los vomitorios después de haberse bañado y perfumado en las inmensas termas, subiendo hasta la cima para desde allí repartirse en las respectivas gradas que de antemano le estaban señaladas. Á un lado se veía la puerta sanitaria, por donde vienen los combatientes; á otro la puerta mortuoria, por donde sacan á los muertos. Los gritos de la muchedumbre, los agudos sonidos de las trompetas, se mezclan con el aullar y rugir de las fieras. Mientras llegan los senadores y el César, algunos empleados de



de este inmenso cadáver. Aquí se levantaba un estatuá, allá un trofeo, acullá un monolito traído del Asia ó de Egipto. El pueblo rey entraba por los vomitorios después de haberse bañado y perfumado en las inmensas termas, subiendo hasta la cima para desde allí repartirse en las respectivas gradas que de antemano le estaban señaladas. Á un lado se veía la puerta sanitaria, por donde vienen los combatientes; á otro la puerta mortuoria, por donde sacan á los muertos. Los gritos de la muchedumbre, los agudos sonidos de las trompetas, se mezclan con el aullar y rugir de las fieras. Mientras llegan los senadores y el César, algunos empleados de